

todia, concibió las mas lisonjeras esperanzas de atraerle á su servicio, y le expuso hábilmente lo que deseaba.

El humilde albañil escuchó asombrado las halagüeñas proposiciones que le abrian las puertas de la abundancia, y quedó reflexionando un momento.

—Ayúdeme ahora—pensaba para sí Duval—á triunfar de mi temible adversario, que despues fácilmente podré yo deshacerme de él.

Entre tanto Nuñez habia llegado á la tapa que cubria el subterráneo.

Ejecutó lo que Duval indicó era preciso hacer para penetrar en él.

Poco despues la estalagmita se levantaba y daba paso al jóven artista, que por una escalera de caracol descendia á otra caverna artificial, bien ageno de pensar que su vencido y perdonado enemigo proyectaba su muerte.

La tapa del subterráneo volvió á cerrarse.
¿Qué sucedió despues?

CAPITULO XVIII.

Tras el pesar la alegría.

Estamos en una sala decentemente amueblada: un elegante piano inglés de cola, ocupa uno de los costados: finísimas sillas, elegantes sofás, un espejo de cuerpo entero y varios cuadros de gran mérito, forman el adorno.

Junto al espejo y encima de la mesa en que descansa éste, se vé un quinqué de graciosa hechura, cuya clara luz ilumina la pieza.

Un jóven de arrogante presencia y vestido con elegancia y gusto, acaba de ponerse

los guantes blancos de cabritilla, y se dirije á una mesa para cojer el fino antejo de teatro que ha dejado sobre ella.

En la fisonomía simpática de este jóven se ven impresas la alegría y la felicidad.

Una venerable anciana, sentada en el sofá, le contempla con maternal satisfaccion, y en su rostro, donde se reflejan la pureza y la sensibilidad del alma, se deja ver una dulce sonrisa de placer.

—¿Estás contento ahora, querido Leopoldo?

—¿Y cómo no estarlo, madre mia, cuando Dios se ha dignado enviarme todas las felicidades apetecidas? ¿No ha quedado ya limpio de toda mancha el buen nombre de mi honrado padre? ¿No se encuentra ya casi restablecida la hermosa Clotilde, con quien debo unirme al fin, despues de tantos padecimientos, sustos y contrariedades? ¿No nos van á ser devueltos por D. Manuel, aunque yo me he opuesto á ello, los treinta mil pesos, de que mi buen padre se desprendió para que su pobreza hiciese comprender

que no era él quien habia cobrado las libranzas que falsificó un malavado?

—Sí; todo se presenta favorable, y yo me alegre por tí, hijo mio, porque así no te veré triste y abatido pasar las noches en continua vela, padeciendo sin cesar como has vivido hasta aquí.

—Sí, Dios quiso que el último sobresalto recibido al ser conducido á casa de D. Emilio, por D. Manuel, fuese compensado con inapreciables bienes.

—Aquel momento debió ser terrible.

—Espantoso, madre mia. Cuando la criada, al tiempo de presentarnos, se dejó ver en la puerta de la alcoba de Clotilde, llamando afligida al señor Landeta, y dijo que tal vez habia espirado, yo quedé sin respiracion, frio, mortal. Por fortuna aquel estado de profundo dolor duró poco, porque presentándose de nuevo en la sala D. Emilio, y corriendo hácia mí revelando en su rostro la alegría que sentia su corazon, me dijo: "Entre vd., entre vd.: vive; espera á vd., y su presencia le volverá la salud." Estas palabras me volvieron la tranquilidad,

y henchidó de placer y de amoroso anhelo, penetré en la alcoba de la hermosa mujer que me esperaba, dulce y risueña, como un ángel que se detiene á las puertas de la eternidad, para recorrer de nuevo con la persona amada, los floríferos verjeles de la vida.

—Sí; tú presencia le debió ser tan grata, como repugnate la de Willey, que trataba de alejarla de tu lado, asegurando que en Europa recobraría la salud.

—Sí; la vista de ese hombre que se presentó en la alcoba en un momento en que Clotilde con mas anhelo me esperaba, la sobresaltaron de una manera terrible, heló la sangre de sus venas, y falta de respiración, quedó desmayada.

—Desmayo que temieron fuese la muerte.

—¡Ah! sí; pero por fortuna volvió pronto en su conocimiento, me vió á su lado, tierno y cuidadoso, y sonriendo de placer al mirarme junto á ella, su corazón se ensanchó, su pecho respiró con libertad, y el llanto de placer que vertieron sus ojos, fué el dulce bálsamo que mitigó su dolor.

—Sí; ese llanto y tu presencia ejercieron

mas poder en ella que lo que hubiera ejercido la medicina que le acababa de recetar el doctor.

—Las medicinas se proscribieron, por mi consejo, desde aquel instante, y aun la que le habia preparado Willey, y que no la tomó por haberse desmayado, la arrojé yo mismo, como innecesaria, puesto que su enfermedad no reconocia otro origen que su amor, hasta entonces contrariado.

—¿Y vió el doctor que la arrojaste?

—Por fortuna se habia marchado despues de disponerla, ordenando que se le diese despues de su desmayo, y así no vió él la poca fé que yo tenia en ella.

—Me alegro que no haya presenciado el desaire que hacias á su ciencia, porque de lo contrario podria creerse ofendido.

—Todo lo contrario: el doctor cree que Clotilde tomó la medicina, porque así se lo hemos hecho creer, y tal vez se imagina que á los efectos de ella se debe la casi resurrección de la enferma.

—Ese fué un paso muy político.

—Sí; se trató de no herir en lo mas mí-

nimo la susceptibilidad del facultativo, y para manifestarle que se hacia el debido aprecio de su ciencia, se le dejó que siguiese recetando, aunque sin dar á la enferma ni una sola de las cosas ordenadas, puesto que veíamos á la hermosa Clotilde restablecerse sin necesidad de darla á tomar ninguno de los remedios confeccionados en las boticas.

—¿Y nada de eso ha llegado á saber Willey?

—Absolutamente nada: así es que su amistad con D. Emilio no ha encontrado motivo para entibiarse, y sigue frecuentando la casa como lo tenia de costumbre, aunque ya no receta desde que la enferma se ha dado de alta.

—¡Oh! ha sido, en efecto, una resurreccion la de Clotilde.

—Ya vé vd., madre mia—dijo sonriendo Leopoldo—si soy un excelente doctor en medicina, puesto que con solo mi presencia alivio y curo á los desauiciados.

—En tu medicina tenia yo mas fé que en todas las otras.

—Y ha sido tan eficaz, que voy á tener la dicha esta noche de acompañar al teatro á Clotilde, que sale por primera vez á presenciar un espectáculo público.

—La sola idea de que vas á pasar uno de los instantes mas felices de la vida, me inunda el alma de placer.

—Vd. no ha tenido la bondad de querer acompañarnos.

—Por ahora no, hijo mio.

—Manifestaban Inés, Clotilde y D. Emilio tanto anhelo porque nos acompañase vd....

—Yo les agradezco mucho su atencion, hijo mio; pero será otra noche; cuando esté de vuelta tu excelente amigo Nuñez.

—A quien tengo que reprender cuando venga, porque no me ha escrito desde que se fué, y creo que ya es tiempo de que haya llegado á la gruta de Cacahuamilpa.

—No habrá tenido tal vez oportunidad.

—No le disculpe vd., madre mia, cuando sabe el cuidado con que quedé, pues conozco la gruta, y sé que el descuido de no llevar un buen guía ó las suficientes hachas,

es suficiente para que no se acierte á salir de ella.

—Pero Nuñez habrá llevado guía y provision de hachones.

—Como es tan temerario, temo muchas veces que se haya resuelto á penetrar solo.

—No lo creas: Nuñez, aunque de un valor extraordinario, no es imprudente.

—Pero es lo cierto que no ha escrito, y que en vez de tener el consuelo de recibir noticias tuyas, cuento el sentimiento de que haya llegado hoy el señor Duval.

—¿Está ya aquí?

—Sí; llegó esta tarde, y tambien nos acompaña al teatro.

—Eso poco debe importarte ya, puesto que está resuelto que Clotilde sea tuya, y él ha renunciado á su mano.

—Sin embargo....

—¿Y á dónde se fué?

—Lo ignoro; porque no tuve la curiosidad de preguntárselo á D. Emilio. Ya vd. vé, pues, si compensa la llegada de mi antiguo rival la falta de cartas de mi mejor amigo.

—Cierto que no. Pero van á dar las ocho, hijo mio, y te esperan.

—¡Ah! sí; ¡me es tan grata la conversacion de vd., y estoy siempre tan contento á su lado, madre mia, que se me ha pasado el tiempo en un instante.

—¡Gracias, Leopoldo!

—¡Adios, madre mia!

—¡Adios! ¡que te diviertas y consagres un recuerdo á esta pobre anciana!

—No uno, sino mil, madre mia.—Dijo Leopoldo estrechando en sus brazos á la amorosa anciana, con toda la efusion del amor filial.—¡Sí; mill porque vd., madre mia, es para mí el tesoro de mas valía que existe en la tierra.... el sér mas amoroso y tierno de mi corazon... sér, cuyo amor no puede suplir ningun otro amor del mundo.... ni aun el de la mujer misma que idolatramos....

—¡Gracias, Leopoldo, gracias!—Dijo la anciana profundamente conmovida.—Tus sentimientos son dignos y elevados, y Dios por eso los ha premiado, como premia el

mas generoso de los padres el acendrado amor de los hijos.

Y la anciana imprimió un beso en la frente de Leopoldo, que salió enviándole una mirada de cariño.

Aquella venturosa madre quedó bendiciendo á Dios porque le habia dado un hijo agradecido y amoroso, mientras éste, pensando en ella, acusando de ingrato á Nuñez, y sintiendo encontrarse con Duval, se dirigió á la casa de Clotilde.

¡Acusaba á Nuñez porque no le habia escrito!

¡Y tenia razon en acusarle?

El lector ha visto á Nuñez descender en la gruta de Cacahuamilta, á un subterráneo, mientras Duval concibió la esperanza de dejarle allí sepultado, ganando con oro al mozo que le custodiaba.

¿Consignió su infuero objeto?

¿Quedó encerrado allí para siempre el generoso Nuñez, que le habia perdonado la vida?

CAPITULO XIX.

Un momento de error.

De rodillas, afligida, y en el mas profundo recogimiento religioso, se vé á una hermosa mujer orando ante una preciosa imagen de la Madre de Dios, en el momento augusto de su soledad.

Un traje humilde y negro envuelve las gallardas formas de su cuerpo esbelto: en su sereno rostro, dulce y melancólico como el recuerdo de un bien pasado, se reflejan el sincero dolor y la cristiana esperanza; de sus bellos ojos, dulces y apacibles como la luz del alba, ruedan blandamente algunas brillantes lágrimas, que mojan silenciosas su angelical semblante; de sus carmíneos